

Toma de posesión del Estado Mayor Central

Teniente general Manuel Gutiérrez Mellado
Jefe del Estado Mayor Central del Ejército

[Transcripción del discurso pronunciado en el Ministerio del Ejército, 9 de julio de 1976]

PALABRAS CLAVE: Administración militar; Defensa; Franquismo; Fuerzas armadas; Manuel Gutiérrez Mellado; Monarquía; Política de defensa; Reforma militar; Transición española.

Dos son los sentimientos que me obsesionan permanentemente, entre otros muchos, desde que supe que había sido nombrado jefe del Estado Mayor Central: uno, el de responsabilidad; otro, el de entusiasmo.

Soy, pues, plenamente consciente de la responsabilidad que va unida a este puesto: de lo mucho que se pide; lo mucho que se espera; lo mucho que, incluso, ha de exigirse al jefe del Estado Mayor Central.

Basta recordar los insignes nombres de los que lo fueron anteriormente, e incluso uno solo de ellos, el de Francisco Franco, para sentir una inmensa inquietud. Para todos ellos, mi emocionado y respetuoso recuerdo.

Pero no es sólo responsabilidad que pudiéramos llamar romántica; es que existe otra física, acuciante y concreta, que exige el poder dar una respuesta práctica positiva a los ingentes problemas que hoy tienen planteados todos los ejércitos del mundo de forma permanente. Nuestro Ejército, como no podía menos de ser, y además por una serie de circunstancias propias, sufre también con gran intensidad los mismos problemas. Entre aquellas circunstancias específicas figura, como importante causa, el sacrificio que nuestro Ejército ha hecho en las últimas décadas en beneficio del desarrollo de la nación. Es preciso que ésta lo sepa.

Estoy seguro de que con el apoyo de nuestro Gobierno, y siguiendo las directrices que nos dé nuestro ministro, seremos capaces de ir respondiendo al desafío al que tiene que responder el Ejército. Es decir, ser en un futuro próximo el Ejército que necesita y merece España.

Creo desde ahora en la cooperación que me vais a dar todos los que pertenecéis al Estado Mayor Central y pido el apoyo de los restantes organismos que constituyen este Ministerio, así como el de todos los altos mandos militares regionales y el de los cuadros de jefes, oficiales y suboficiales de todas las unidades, a los que permitidme

que desde aquí envíe mi más cálido y cordial saludo. La presencia de los excelentísimos señores representantes del Gobierno, ministros y jefes de Estado Mayor de los otros ejércitos y del jefe del Alto Estado Mayor, que tanto me honra, aseguran que la cooperación real entre las Fuerzas Armadas es un hecho irreversible que alcanzará continuamente mayor eficacia.

Pero os he hablado también de entusiasmo, porque ¿hay algo mejor, más apasionante, para un militar profesional que intentar contribuir a alcanzar aquella meta inaccesible, permanente, de que España tenga el Ejército que exige su defensa, objetivo absolutamente prioritario de toda nación que quiera ser soberana?

Y digo inaccesible porque nunca podemos estar satisfechos por mucho que hagamos; y permanente, porque nuestra tarea no permite altos o paradas en el camino, ni tampoco dudas ni vacilaciones.

Para los que llevamos la vocación militar en nuestras venas no cabe mayor satisfacción que nuestra total entrega al servicio, una dedicación plena, saber que estamos cumpliendo con nuestro deber. Hagamos todo esto, y nuestro Ejército será fuerte, no para convertirse en un instrumento de agresión, pero sí en un factor decisivo de disuasión ante cualquier amenaza contra nuestra soberanía y nuestra paz.

A esta hermosa misión es a la que os invito a cuantos van a depender de mí, poniendo todos nuestra mayor ilusión:

Para que nuestro potencial militar alcance las más altas cotas posibles; para que nuestra moral y cuanto con ella se relaciona sea inquebrantable y base de nuestra potencia armada; para que nuestra unidad sea realmente monolítica, no teórica; para que, si es preciso, sacrifiquemos nuestro interés personal en bien del Ejército; para que nuestra tecnología e investigación alcancen niveles cada vez más altos; para conseguir que nuestros maravillosos soldados salgan cada vez más instruidos, devolviéndoselos a la nación con un nivel más alto de ciudadanía.

Por muchas otras cosas importantes que nos quedan por hacer, tales como que el Ejército se incruste firmemente en la médula de la nación, y ésta sienta, en justa correspondencia, más suyo al Ejército. Finalmente, para que el Ejército quiera cada vez más al que entró como cadete en sus filas y hoy es nuestro capitán general y Rey de España.

Por cuanto habéis dicho y con la confianza que supone el que me hayáis propuesto para este cargo, gracias, mi general; agradecimiento que, junto con mi respetuosa adhesión e

inquebrantable lealtad, os ruego que hagáis llegar a Su Majestad el Rey, que tuvo a bien
refrendar mi nombramiento.